Gonzalo Hernández de Alba

PERSONALIDAD E HISTORIA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

G z de Alba PERSONALIDAD E HISTORIA

D16
.8
H4
c.1

1080050088

PERSONALIDAD E HISTORIA

GONZALO HERNANDEZ DE ALBA

PERSONALIDAD E HISTORIA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
MONTERREY
1964

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

Biblioteca Central
Magna Solidaridad
F. UNIVERSITARIO

D 16
D.8
H4

CAPILLA ALFONSINA
UANL

© UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
DEPARTAMENTO DE EXTENSION UNIVERSITARIA
SECCION EDITORIAL

"La tierra toda es el sepulcro de los hombres famosos, y no sólo los recuerda la inscripción de sus monumentos funerales, sino que aún en comarcas ajenas su memoria alienta en el corazón de todos los hombres, mucho más que en piedras recordatorias".

TUCIDEDES.

"No digo eso, por que yo no he sido el único autor de la Revolución y porque durante la crisis revolucionaria y la larga contienda entre las tropas españolas y las patriotas, hubiera aparecido algún caudillo al no estar yo presente... Dejemos a los superticiosos creer que la Providencia es la que me ha enviado o destinado para redimir a Colombia".

BOLIVAR

"La historia, por lo menos en parte, —o más que en parte, no es caso de aclararlo ahora—, se ocupa de lo individual, de personalidades absolutamente únicas".

GEORGE SIMMELL.

PREFACIO

Quiénes en alguna ocasión, por curiosidad, inclinación personal, o real vocación, nos hemos asomado un poco en el conocimiento del pasado y sus problemas, nos hemos ido haciendo a la idea y nos hemos insensiblemente acostumbrado a ver la historia por intermedio de sus héroes. A verlos como el máximo exponente de ese todo tan complejo, tan sutilmente complejo, que es la historia. Se nos enseñó y acostumbró, y ya desde los primeros cursos de historia elemental, a conocer, amar y venerar nuestras grandes gestas patrias por intermedio exclusivo de ciertos nombres escogidos y de ciertas actitudes radicalmente heroicas. Se nos quiso presentar nuestras historias por intermedio de una serie de anécdotas y de episodios dramáticos, cuyo contenido moral y edificante se explotaba al máximo, cuya responsabilidad y éxito sólo dependían de la voluntad providencial de unos cuantos hombres de selección. Poco más o menos se nos decía: "La historia es creación exclusiva de un selecto puñado de hombres iluminados y clarividentes. Ellos nos han dado lo que somos. Por eso los debemos reverenciar y tratar de imitar".

Esta concepción no sólo se encontraba latente en esos nuestros primeros libros de historia. Y no sólo en ellos se nos la presentaba sin pruebas. Parecía evidente que no hacía falta el molestarse en enjuiciarla o ponerla a prueba. Unos años más tarde leíamos con afán las obras, novelas históricas, de un Alejandro Dumas y compañía. En ellas encontrábamos la muy clara idea de que unos cuantos hombres decididos y con ansia de aventuras, un puñado de mosqueteros, eran capaces, si así lo querían y lo solían querer con harta frecuencia, de salvar un reino, de decidir una guerra, de deshacer entuertos, salvar dueñas, entronizar reyes y humillar golillas. Nos

aparecían como siendo del todo capaces de transformar, por empleo de su astucia y de dos o tres estocadas, la historia de una nación, de una institución, de una familia reinante. Volvíamos a encontrarnos con una y otra manifestación literaria de lo que después aprendimos a llamar y conocer como la *tésis heróica de la historia*, y que, como en el caso anterior, nunca se molestaron en asentarla en juicios o cimentarla en pruebas. Era cuestión de tomar o dejar.

En lecturas y estudios superiores de nuevo nos volvimos a encontrar con claras y casi constantes expresiones de esa misma hipótesis central de la historia, de esa aparente ley del devenir de las culturas: "Si alguien no los hace, no hay ni pueden haber hechos". La historia se nos aparecía como no siendo otra cosa que el resultado, la suma aritmética, de innumerables biografías. Se nos aparecía como siendo la más plena labor de los historiógrafos un buscar, analizar, encuadrar y motivar la vida de esos prohombres de la historia. La historia, se nos decía de un lado y otro, se identifica con la vida de los grandes hombres, de los genios, de los héroes. No parecía que debía extrañarnos el encontrar frases como ésta: "Si la nariz de Cleopatra hubiera sido más larga, toda la faz de la tierra hubiera cambiado". Pero también esas mismas lecturas y estudios superiores nos enseñaron dos cosas más. No sólo hay héroes en la historia. Para ver la historia es necesario tener en cuenta la sociedad, la comunidad, la masa y, dentro de ella, al individuo, al hombre común. Al hombre sin aparente trascendencia histórica. Al hombre base, que nace, vive y muere callado. Al hombre sin aparente voto en el porvenir, pero cuya voz llega, y con más frecuencia que la que deseaban nuestras primeras enseñanzas y lecturas, a conmover a una comunidad y exigir una transformación social que luego se hace histórica. Nos dimos cuenta con cierta claridad que en historia no todo puede ser dejar o tomar. Se necesitan pruebas, se exigen análisis. La época de fe en la historia, así como en filosofía, en ciencias sociales o culturales había, para nosotros, muerto sin remedio.

La cuestión, el problema de los hombres geniales y la historia permanecía vivo. No sólo no había perdido su importancia efectiva en las historias, sino que su importancia teórica se fue haciendo cada vez más patente y notable. Así pues, y como lo indica el título de esta investigación, no hemos pretendido otra cosa que el

tratar de buscar, analizar y, en lo posible, aclarar esa pregunta que se nos ha presentado como central, radical de la historia: ¿Cuáles son las relaciones entre personalidad e historia? ¿Cuáles son las actitudes que frente a esa pregunta nos presentan y manifiestan los historiadores, los filósofos y los sociólogos? ¿Por qué de estas variadas opiniones? Sólo queremos, por afanes personales, buscar ver claro en la historia. Y sin un intento de balance del problema que nos hemos propuesto pretendemos que es imposible hacerlo o, por lo menos, bien difícil. En modo alguno ha sido nuestro deseo ofrecer una teoría más sobre la historia o una nueva concepción filosófica de ella, sólo hemos deseado rastrear este problema en algunos de los más dicientes pensadores que, de alguna manera, se han preocupado en él. No nos hemos querido detener en una determinada escuela o en algún campo determinado del pensamiento. No nos hemos contentado con sólo ver el impacto que en la obra de ciertos filósofos representativos se atribuye a la personalidad. Se nos hizo necesario sondear en campos de la sociología y de la teoría y crítica histórica. Conscientemente nos hemos quedado en un aspecto que linda más con lo teórico que con la efectividad de un análisis histórico. Por la simple razón de que creemos indispensable poseer primero el aparato teórico para luego buscar su adecuación o no en el campo de una concreta investigación histórica. Esta segunda tarea es más propia de técnicos historiógrafos, que de aficionados a la historia. Es más propia de trabajadores de la historia, que de observadores de ella.

Ha sido nuestra constante preocupación dejar hablar a los autores mismos y, en cierto sentido, el papel que hemos tratado de cumplir es el de un comentador que, en ocasiones, se convierte en un intérprete. De allí el método que nos hemos propuesto emplear y que puede resumirse así: Elucidar y demarcar el problema en cada uno de los autores, interpretando la tésis mantenida en función del contexto de cada manifestación del pensamiento. Esto puede permitirnos el buscar y extraer características generales, conclusiones comunes o destacar la carencia de ellas. Para así intentar explicar las coincidencias o divergencias de las posiciones más radicales y buscar obtener una conclusión general.

Deseo expresar mi más sincera gratitud al Doctor José Gaos

por su gentileza y generosidad intelectual, ya que sin su guía, críticas y consejos me hubiera sido del todo imposible ese "pretender ver claro".

Gonzalo Hernández de Alba.
Facultad de Filosofía y Letras.
Universidad de Nuevo León.
1963.

Capitulo I

Delimitaciones Preliminares

§ *1. Necesidad de una unificación terminológica.*

Antes de abordar de una manera decidida el objeto general de esta investigación es prudente detenerse, aunque sea momentáneamente, en un considerar las diferentes expresiones y vocablos que tradicionalmente se emplean para designar el tema que nos hemos propuesto. De un primer golpe de vista parece que palabras tales como héroe, personalidad, genio, grandes hombres, representan y constituyen una única idea. Parece que cumplieran entre sí el papel de sinónimos. Parecen mentar una misma posición y actitud: ser el símbolo que representa una común manera humana de "estar". De obrar en el mundo. Una misma forma de vivir y enfrentarse a diversos problemas, con diversas actitudes vitales, pero buscando siempre obtener un resultado semejante. En una reflexión un poco más profunda, y sin salirnos de los marcos filológicos y etimológicos, —que si no esclarecen de una manera definitiva la mención y el significado que se atribuyen a estas voces, al menos nos pueden ser de gran ayuda—, es posible encontrar que esta aparente similitud no es más que eso: similitud y semejanza formal, pero no de contenido, pero no ideológica.

En castellano encontramos que, y según la Real Academia Española de la Lengua, supuesta autoridad máxima, la voz HEROE significa: "Entre los antiguos paganos el que creían nacido de un dios o de una diosa y una persona humana, por lo cual le reputaban más que hombre y menos que dios, como Hércules, Aquiles, Eneas, etc. 2.—Varón ilustre y famoso por sus hazañas y virtudes. 3.—El que lleva a cabo una acción heroica. 4.—Personaje principal de todo poema en que se representa una acción, y del épico especialmente. 5.—Cualquiera de los personajes de carácter elevado en la epopeya". En tanto que a GENIO se le atribuyen las siguientes significaciones: "Indole o inclinación según la cual dirige uno comúnmente sus acciones. 2.—Disposición para una cosa; como ciencia, arte, etc. 3.—Grande ingenio, fuerza intelectual extraordinaria o facultad capaz de crear o inventar cosas nuevas o admirables. 4.—